



Gemelas

Jordi Brunet Casals

De no haber sido gemelas, la vida de las hermanas Polo habría transcurrido hasta el final de forma sencilla y apacible. Estaban conectadas entre si prácticamente a nivel telepático. Imputaban ese hecho a los casi setenta años de trabajar y vivir juntas, y no al hecho de ser idénticas como dos gotas de agua. Poco imaginaban, a su avanzada edad, que esa conexión especial que las unía sacudiría sus vidas de forma trágica.

- Somos como un matrimonio de viejos- solía bromear Amanda en los atardeceres de verano, cuando salían las dos al balcón envueltas en sus chales arrastrando las sillitas de mimbre. Se sentaban allí para coser y disfrutar de las sonrosadas puestas de sol que les brindaba la sierra castellana.

- *Ya sé qué piensas ¿Y qué quieres, hija?* -suspiraba Amelia sin levantar sus ojillos de la labor-. *Tantos años juntas... Si dicen que las parejas acaban pareciéndose, ¡imagínate nosotras!*

Cierto que, de pequeñas, cuando habían tenido que operar repentinamente a Amanda de apendicitis, Amelia había sufrido unos terribles dolores en la zona derecha de su bajo vientre, y que, un día en que su padre castigaba a ésta última por haber roto un tarro de fruta confitada, a la primera, que estaba fuera de casa, le habían ardidado las nalgas hasta el extremo de tener que aliviarse en la fuente. Pero solo en contadas ocasiones como esas las dos hermanas caían en la cuenta de estar sintiendo lo mismo al mismo tiempo: apenas se habían separado más de diez minutos en toda su existencia.

Juntas habían crecido; habían ayudado en la vieja taberna de sus padres que acabarían heredando; se habían convertido en solteronas; habían envejecido y, por fin, hacía un par de años, juntas se habían retirado. La gente de la pequeña aldea a pie de carretera daba por hecho que la vida de aquel par de ancianas había girado siempre alrededor de la antigua taberna que ellas convirtieron en restaurante. Por supuesto, a las dos se les había ocurrido el mismo nombre al mismo tiempo, por ser gemelas y por tener ese signo del zodiaco.

- *¡Tiene que llamarse Géminis!* -habían exclamado al unísono aquel lejano día de mayo, las dos muy jóvenes, con los brazos en jarras y mirando hacia el dintel de la puerta de entrada, donde estaban imaginando el mismo cartel: el dibujo de los dos gemelos que salían en el horóscopo del periódico, en grande y en color malva, junto a ese nombre en llamativas mayúsculas. Era un nombre poco apropiado para un pueblo de Castilla, pero tenía que ser ese.

Ahora, cuando ya eran mayores y salían al balcón a coser, de vez en cuando no podían evitar estirar sus cuellos arrugados por encima de la barandilla de forja para contemplar ese mismo cartel deslustrado por años de sol castellano e intemperie: el restaurante estaba en la planta baja de la casa de

piedra color albero y tejado algo maltrecho. Negaban con la cabeza, sin duda las dos sumidas en los mismos recuerdos, y suspiraban a coro.

- *¡Con lo buenas mozas que eran!* -decían los más mayores del lugar- *¡Altas, delgadas, morenazas, con los ojos verdes de gata y unos cuerpazos que para qué!* -meneaban la cabeza y, con un acariciándose el pulgar con el índice y el dedo mediano, añadían:- *¡Y con el dineral que hicieron!* -y, lamiéndose los labios y con la boca que se les hacía agua:- *¡Madre mía, qué platos! ¡Unas patatas panaderas, unas sopas de ajo...! Y míralas allí arriba, cose que te cose... ¡Total para vestir santos!*

Si por casualidad algún nieto curioso le preguntaba al viejo de turno que así había hablado, éste se encogía de hombros. Los antaño mozos del pueblo habían encontrado difícil acercarse a aquellas dos bellezas a la vez y sentían que, de alguna manera, cortejar y casarse con una habría implicado sin duda tener a la cuñada en casa y demasiado cerca. Ciertamente que daba igual a cual de las dos se eligiera; lo único que las había diferenciado era el peinado: Amelia llevaba coletas y Amanda domesticaba su pelo azabache con una trenza. Pero las hermanas Polo no tenían un carácter fácil y siempre habían fruncido el ceño ante la más mínima proposición de cortejo o amago de piropo. En una palabra: se asumía que el ser gemelas y vivir juntas las había condenado a quedarse solteras, y se daba por hecho que nunca estarían con un hombre.

Y sin embargo, sin que nadie lo supiera, las gemelas habían tenido, como todo el mundo, por lo menos una historia de amor.

Un día de lluvia Amelia estaba en la cocina troceando verduras para pisto. De repente, su corazón se aceleró, un escalofrío recorrió su espalda y sintió una agitación extraña en su estómago, como un revoloteo de mariposas, seguido de un ligero ahogo. Los olores de la cocina le asaltaron con más fuerza que nunca: una sopa castellana olía a gloria. La leña del fuego crujía con fuerza. El paté parecía sudar a pesar del gris que entraba por la ventana de la cocina y no pudo evitar chuparse los dedos. Junto a la tabla, los tomates, los pimientos, las cebollas, los ajos, las berenjenas, normalmente anodinos y rutinarios para ella, se le antojaron un bello arco iris. Confusa, Amelia levantó la vista buscando a su hermana. Amanda entró, sofocada, corriendo en la cocina con un puño arrugando el delantal sobre su pecho.

- *Pan para la seis...* -murmuró. Y, ajetreada, cogió un par de platos de sopa y salió antes de que Amelia pudiera preguntarle nada.

Aturdida, Amelia cogió una cesta repleta de hogazas de pan y salió al comedor, avanzando a largas zancadas hacia la mesa seis.

Entonces lo vio.

Comprendió que su hermana y ella se habían enamorado de aquel hombre pulcramente afeitado, vestido con traje y pelo envarado por la gomina. Él la miraba fijamente y sonriendo mientras ella, titubeando, se acercaba a la mesa.

- Bueno, ¿qué me dices? -le preguntó- *¿A qué hora sales? ¿Podremos tomar algo?*

Sin responder, Amelia se llevó las manos a las coletas, comprendiendo que aquel cliente la confundía con su hermana.

- *Qué rápido te has cambiado de peinado* -dijo él, algo extrañado-. *¡Ah, por cierto! Me llamo Edmundo.*

Mientras le estrechaba la mano sin atreverse a apretar los dedos y olía la colonia de Edmundo, Amelia supo que Amanda estaba clavando sus ojos en su espalda y pudo sentir sus celos. Al momento, su hermana se había acercado y le arrebató la mano del nuevo cliente que las miraba con sorpresa.

Se llamaba Edmundo y era viajante. Bajaba a menudo a Madrid. Siempre que podía, es decir, día sí y día también, tomaba una de sus comidas en el Géminis poniendo como excusa el delicioso cochinillo que allí preparaban.

A partir del momento en que los tres se conocieron la comida del Géminis fue excelente. Los tradicionales platos de Castilla, que las hermanas habían aprendido a cocinar de mano de su difunta madre, llegaron a ser tan buenos que parecían no saciar nunca a sus comensales. Seleccionaban con esmero enfermizo cada ingrediente. Sin que se hubieran puesto de acuerdo, las dos empezaron a guisar con leves toques de especias e ingredientes atrevidos (nuez moscada, canela, estratégicas gotas de chocolate y frutas exóticas...) que, simplemente, cautivaban a los comensales. Como en el amor, las dos reflejaban

en la cocina las pequeñas locuras que los amantes viven en sus primeros días de pasión.

No hablaron nunca de Edmundo. No lo necesitaban. Sabían que las dos estaban enamoradas y que ambas estaban seguras de que él era el único que podía ser el hombre de su vida. El viajante, por su parte, víctima de las dudas que habían asaltado a los muchos hombres que habían puesto los ojos en las gemelas, no se atrevió jamás a hacer ningún avance ni con una ni con otra. Las dos recibieron muestras gratuitas de perfume, medias, aceites y jabones por igual. Y, con el tiempo, ese triángulo de lados tan tensos, creció, a los ojos de todo el mundo excepto al de los de las hermanas Polo, como una amistad. Se dio por hecho en el pueblo que Edmundo era un hombre casado y él mismo dejó caer en alguna conversación que no usaba alianza para, de alguna manera, resultar más atractivo a sus clientas madrileñas.

- A partir de cierta edad -decía-, ya es al revés. Quiero decir que un señor mayor con anillo de casado inspira más confianza y todo eso, pero ahora... - y se señalaba con las palmas de las manos para poner de relieve sus lustrosos zapatos y su traje caro que, suponía, desviaban la atención de los presentes de su cara, donde creía que podía leerse que estaba enamorado de una de las dueñas del restaurante o, mejor dicho, de las dos.

Pero pasaron los años, él seguía comiendo en el Géminis, y su mano nunca lució el anillo que las dos hermanas temían ver aparecer el día menos pensado. Era adicto por igual a la compañía de sus amadas como al deleite que le proporcionaba la comida, y cada plato superaba al anterior: bacalao al pil-pil, truchas con jamón, tejas de almendra...

Y cuando las gemelas colgaron el cartel de “SE TRASPASA” en la puerta, Edmundo siguió visitando la casa. Por aquel entonces ya era demasiado mayor como para resultar realmente una novedad, un chascarrillo digno de sacudir la aldea.

De hecho, las hermanas salían tan a menudo al balcón para ver llegar el coche de Edmundo, desvencijado, y correr a la cocina. Su amado comía con ellas en la cocina de su piso, y ellas disfrutaban preparándole, pese a las recomendaciones del médico, su bienamado cochinillo. Las hermanas contemplaban arrobadas la impecable raya que partía en dos su cabello, igual de

abundante pero ahora gris, y sus manos algo arrugadas y temblorosas mientras comía pero, de vez en cuando, se hablaban mediante miradas inquietas.

Un día, cuando le hubieron servido un plato de torrijas que todavía crepitaban y el café, Amelia le dijo:

- Mira Edmundo. Creo que a nuestra edad hay que hablar claro. Tú estás enamorado y nosotras ya no podemos aguantar más.

El viajante se atragantó y tuvo que cubrirse los labios con la servilleta.

- No hace falta que digas nada -continuó Amanda levantando una mano - . Escucha: tenemos un trato que proponerte. Nuestra madre, en paz descanse, siempre nos decía que a un hombre se le gana por el estómago.

- Las dos cocinaremos para ti. Un solo plato.

- Y te casarás con la que guise mejor. Es una manera como cualquier otra de decidir.

Ante aquellas dos ancianas de penetrantes ojos verdes, Edmundo no pudo más que asentir. Hizo algunas débiles observaciones acerca de la soledad de la que sería víctima la gemela que perdiera aquel duelo tan singular.

- Bobadas -dijeron las gemelas al mismo tiempo-. O una u otra. No podrás proclamar un empate.

Edmundo se fue ese día más triste que nunca. Se despidió con dos besos en las ajadas mejillas de las hermanas Polo y, cabizbajo, subió a su coche.

Así, todo se resolvería con ese peculiar lance entre fogones. Pero cuando llegó el momento de ir al mercado para adquirir los ingredientes, muchas dudas asaltaron a las gemelas. Estaban conectadas y, por tanto, creían que cada una sabría el plato que la otra cocinaría. Como siempre, las dos llegaron al mismo tiempo a la misma conclusión: prepararían cochinito, el plato preferido de Edmundo pero, para evitar que las dos recetas resultaran idénticas, acordaron usar un ingrediente secreto distinto cada una.

El duelo tuvo lugar al cabo de una semana, un martes a las tres de la tarde. Se encerraron, Amelia en la cocina del restaurante y Amanda en la del piso. Salieron hasta que todo estuvo apunto para conducir a Edmundo hasta esta última. En esa diminuta estancia flotaba el aroma tostado del cochinillo y, por la ventana se filtraba un sol débil de otoño, cosa que aumentó la melancolía que sentía el viajante pues, si bien era cierto que ardía en deseos de casarse con una de las gemelas, no lo era menos que veía ese día como el fin de una era; una era en la que los tres habían sido amigos y en que las dos hermanas habían vivido en paz, cosa que no sabía si continuaría igual después de que hubiera tomado su decisión. Pero pronto, al ver los dos platos de loza preparados sobre el pulcro mantel, su mente se distrajo y la boca se le hizo agua. Los examinó con atención, pensando que quizás la presentación del plato le podría ayudar a decidir en caso de que su paladar decretara un empate. Se agachó trabajosamente sujetando su corbata contra su camisa. Bajo la luz mortecina, la piel tostada de los cochinillos brillaba como la miel; una leve capa de caldo broncíneo llenaba el plato; zanahorias, judiones y guisantes primorosamente amontonados constituían la guarnición. Aquí y allá, laurel y otras especias que no fue capaz de identificar salpicaban la carne.

Tras él, implacables, las gemelas retiraron una silla para que tomara asiento. El sonido de las patas contra el suelo le dio dentera a Edmundo, que tragó saliva. ¿Sería capaz de decidir?

Se sentó y, bajo la atenta mirada de las cocineras, se llevó a la boca un mordisco de cochinillo del primer plato. Una explosión de sabor llenó su boca. Reconoció al momento el gusto de aquel jugoso cochinillo con el que se había deleitado todos aquellos años, con un eco de alguna otra cosa, quizás -no osaba afirmarlo- un leve toque a picante (¿pimentón? ¿algo de guindilla?) Paladeó, chasqueando la lengua, decidido a descubrir qué era aquello y, al no ser capaz de hacerlo, siguió comiendo mordisco tras mordisco hasta devorar todo el plato. Lamentó sinceramente que se hubiera acabado.

Al empezar con el segundo plato de cochinillo se rascó la cabeza. Le parecía igual de delicioso que el primero, suave, crujiente, delicado... y no fue hasta que se llevó un segundo trozo de carne a la boca cuando empezó a notar un sabor especiado (orégano, estragón o una mezcla de los dos). Estaba tan bueno que, al principio, simplemente se dedicó a disfrutarlo y no fue hasta que en el plato solo quedaban huesos limpios cuando la angustia de tener que decidir le asaltó de nuevo.

Durante todo ese tiempo las gemelas, de pie junto a él, cada una a un lado de la mesa, miraban, con las manos cruzadas frente a su regazo, como su amado comía. De vez en cuando no podían evitar carraspear, retorcerse los dedos o golpear el suelo con un pie con impaciencia. Observaban inquietas como los platos se iban vaciando.

Cuando Edmundo terminó, el sol se acercaba al horizonte. La cocina estaba inmersa en una penumbra a la que los ojos de los tres ancianos se habían ido acostumbrando paulatinamente. El viajante se reclinó en su silla y, masajeándose el estómago, alzó la mirada hacia los dos rostros idénticos que le flanqueaban.

- *¿Y bien?* -preguntó Amelia tragando saliva.

- *¿Cual te gusta más?* - reguntó Amanda al mismo tiempo, tartamudeando.

De repente, las manos de Edmundo dejaron de tamborilear sobre su barriga. Su cabeza cayó hacia delante. Se estrelló contra la mesa cuando el torso sin fuerzas la siguió. Los platos con apenas restos de cochinitillo se hicieron trizas contra el suelo.

Edmundo había muerto empachado, intentando encontrar una pista que le ayudase en algún trozo en concreto de los cochinitillos -una parte menos hecha o demasiado quemada; un trozo de piel menos crujiente que otro-, buscando una pista mordisco tras mordisco. Pero su cuerpo se había doblado recto hacia delante, se quedó tendido sobre el mantel igual de cerca de Amanda que de Amelia, como si ni al morir hubiese sido capaz de tomar una decisión.
